

## COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

### Nº119 ¿De qué modo Cristo se ofreció a sí mismo al Padre?

**Monseñor José Ignacio Munilla**

(Transcripción aproximada del audio)

Número 119 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

*¿De qué modo Cristo se ofreció a sí mismo al Padre? (606-609; 620)*

*Toda la vida de Cristo es una oblación libre al Padre para dar cumplimiento a su designio de salvación. Él da “su vida como rescate por muchos” (Mc 10, 45), y así reconcilia a toda la humanidad con Dios. Su sufrimiento y su muerte manifiestan cómo su humanidad fue el instrumento libre y perfecto del Amor divino, que quiere la salvación de todos los hombres.*

Este es un número que nos sirve de recopilación de algunos puntos anteriores, dando un paso más. A modo de recopilación la primera carta de San Juan 4, 10 dice del Padre: “*Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*”. Hacernos propicios, reconciliarnos con Dios. ¿Qué significa ese término misterioso de propiciación por nuestros pecados? Bueno, el pecado es una profunda ofensa a Dios, el que la criatura se rebele contra el Creador supone una ofensa de unas dimensiones que nosotros nos cuesta imaginar, y por tanto, esa ofensa requiere una reparación. Nosotros no somos capaces de reparar lo que hemos hecho, está por encima de nuestra capacidad.

Es Dios Padre que, en su infinita misericordia, es el ofendido, el que procura la reparación, y lo hace a través de su Hijo. Es un misterio inmenso, que el ofendido sea Él, el que repare la ofensa, y entonces el Padre envía a su Hijo, pero al mismo tiempo que el Padre envía a su Hijo, es el Hijo el que se ofrece al Padre para ser enviado, y entonces entrega su vida en rescate por nosotros. Todos sabéis lo que es un secuestro y lo que es el rescate, pero a veces el rescate no requiere dinero, sino que alguien se entrega en vez de uno para sufrir lo que uno está sufriendo. Detrás de estas palabras, lo que se está afirmando es que ha habido un “sí” de Jesucristo a la voluntad del Padre, que ha reparado nuestra desobediencia. Es la voluntad humana de Jesucristo, expresada en su entrega sacrificial, la que nos ha redimido.

Y ¿Por qué tenía que ser en una entrega sacrificial? ¿Por qué ese “sí” pronunciado al Padre tenía que ser dicho desde una Cruz? ¿No podía, con su voluntad humana, haber obedecido al Padre, sin que eso hubiese tenido unas implicaciones tan cruentas? Es verdad, desde luego, que Él nos podía haber redimido no con sangre, nos podía haber redimido con una sonrisa, porque es verdad que Jesucristo como Hijo de Dios tiene una capacidad redentora inmensa. Pero, aunque es cierto que no era necesaria la sangre para que fuésemos redimidos, eligió esa forma de redención para que a nosotros no nos quepa duda alguna de ese amor redentor. Cuando alguien nos dice que nos ama, pero nos lo dice con un ramo de rosas, tendemos un poco a dudar de él; pero cuando alguien nos dice que nos quiere

sufriendo por nosotros, cuando alguien te dice 'te amo' y escribe con su sangre ese 'te amo', entonces no podemos dudar de él. No podemos dudar del amor de Dios que nos ha rescatado a través del sufrimiento, porque cuando alguien ha mostrado que es capaz de sufrir y entregarse por nosotros, no podemos dudar de su amor.

¿De qué modo Cristo se ofreció a sí mismo al Padre? Rubricando con un "sí" escrito con sangre, para que nosotros no pudiésemos dudar del amor de Dios, y de esa manera, nos hizo propicios, nos hizo aceptables, nos hizo agradables a Dios; porque Dios mismo procuró nuestra salvación, Dios mismo procuró nuestra reparación. El ofendido, Él mismo, buscó la forma en la que nosotros reparásemos la ofensa a través de Jesucristo.